

LECTURA DEL WATUNNA

John Updike

"La lectura del **Watunna** convencerá al lector de que la mitología del indio suramericano ha logrado un nivel de creatividad comparable al de las grandes tradiciones del Viejo Mundo. Se requirió la sensibilidad de un experimentado trabajador de campo como Marc de Civrieux, y el talento de un escritor como David Guss, para poner al alcance del hombre occidental este testimonio del genio nativo".

Johannes Wilbert, editor *Journal of Latin American Lore* (revista de tradición popular latinoamericana).

* * *

"La selva lluviosa del Alto Orinoco es uno de nuestros últimos mundos perdidos, y quienquiera que se acerque a ese lugar, por tierra o a través de las páginas de este libro, quedará atrapado en su encantamiento. **Watunna** introduce al lector a la mansión verde y lo hechiza con historias de jaguares y mujeres, y de la orgullosa "verdadera gente", los indios del Orinoco. El editor y traductor merece nuestra gratitud por habernos facilitado este extraordinario documento".

G. Reichel-Dolmatoff, Centro Latinoamericano,
Universidad de California, Los Angeles.

* * *

"**Watunna** es un verdadero presente: la entrada a la psiquis **Makiritare** y un mapa de lo que significa vivir en estado-de-mito. Su mundo de dioses y animales, de mentirosos primordiales y super-shamanes, constituye, al mismo tiempo su (y nuestro) mundo familiar, tan lejano como el cielo y tan cerca como el próximo pueblo, río abajo. El regalo de este trabajo, entregado a plenitud sin precedente, es el descubrimiento de un clásico del Nuevo Mundo".

Jerome Rothenberg.

FELIZ EN NONO, A PESAR DE ODOSHA

(Tomado de la revista "The New Yorker", de junio 29, 1981)

Traducción: Margott Allais

Los antropólogos y folcloristas han formado un frente común contra la venidera noche de helada electrónica; páginas y páginas de narrativa oral, pero poca tan legible, coherente y estimulante para el pensamiento como "Watunna: Un Ciclo de Creación en el Orinoco", de Marc de Civrieux (editado y traducido del español por David Guss; North Point Press, \$ 17,50 empastado, \$ 8,50 en rústica). Marc de Civrieux, paleontólogo francés convertido en etnólogo suramericano, pasó más de veinte años visitando las aldeas unukunuma de la tribu Makiritare, recopilando, a través de cientos de cuentos aislados, su historia de la creación del mundo y la ubicación de su propia tribu dentro de él. Los Makiritares viven en una región montañosa de la selva virgen, al norte del Alto Orinoco, al sur de Venezuela. Fueron llamados Makiritares por los guías de habla arawak y los intérpretes que estaban con los españoles en 1759, cuando se realizó el primer contacto entre los hombres blancos y estos remotos indígenas. Los Makiritares se conocen a sí mismos como So'to, que es la lengua que hablan; la palabra So'to significa simultáneamente la lengua y los que la hablan, lo que quiere decir, seres humanos. A aquéllos que no la hablan se les considera como no-humanos: "Estos seres —nos dice M. de Civrieux en su excelente y breve introducción— son los enemigos de la verdadera gente y pueden ser cazados como animales". Pero los individuos de otras tribus, generalmente mujeres y niños que se encuentren entre los So'to, se convierten en So'to tan pronto como aprenden la lengua; "el concepto nativo de tribu no es racial". "So'to" también significa "veinte" lo que, tal como el número de los dígitos humanos, "sirve de base natural para el sistema de contar indígena y es también el símbolo del hombre". (Lo mismo es cierto en otros lenguajes indígenas, tales como el Pemón y el Kariña, y un cierto significado del número puede aún percibirse en la retórica inglesa, donde "veinte" y "veintena" solían resonar con tonalidades mucho más ricas que el anémico decimal).

Marc de Civrieux no sólo aprendió So'to para ensamblar el Watunna —del cual publicó una versión en español en Caracas, por

los años 70— sino que y de manera poco usual, el traductor al inglés, el poeta y crítico norteamericano David Guss, permaneció tres años con los Maquiritares, aprendiendo su lengua, de modo que su "cuento" pudiese tener el sabor y la fuerza del original. Guss no ha hecho una entrega excepcionalmente idiomática e incisiva, utilizando una ortografía alargada en palabras como "toooooodo" y "allllto", un sinnúmero de palabras impúdicas que usualmente no adornan los documentos etnográficos, y finales de capítulos tan airoso como "Eso es todo", "Bueno, eso es todo", "Así dicen", "Así cuentan los viejos". En ocasiones su sintaxis parece ser tan primitiva como le es posible:

"Ahora el muchacho se transforma en cangrejo. El jaguar lo agarra. El cangrejo lo muerde. El jaguar lo suelta. El cangrejo se escapa. El jaguar lo persigue".

Pero el efecto total no es discordante o condescendiente; se crea una voz, llena de urgencia pero relajada, y estos cuentos de veloz metamorfosis y brusca prosecución se mantienen —con la ayuda del excelente glosario del señor Guss— tan claros como agua corriente. Debe decirse que el Watunna existe en dos versiones entre los Maquiritares: una esotérica, impartida durante los ritos de iniciación masculina, en un lenguaje sagrado que consiste en "palabras arcaicas, otras tomadas de las lenguas de tribus vecinas, más o menos deformadas fonéticamente, complicadas desinencias rituales que ocultan palabras al uso diario normal, refranes sin significados definidos, vocablos inarticulados, onomatopeyas, silbidos, sonidos de la jungla y del agua, movimientos de los animales"; y una exotérica, abiertamente compartida entre los miembros de la tribu y a la cual se hace diaria alusión. Por supuesto, a nosotros se nos ofrece —en una bella pieza de producción bibliográfica de una nueva imprenta de la costa occidental— la versión profana, vernácula. Comienza así:

"Había Kahuña (el Cielo). Los Kahuhana vivían allí, como ahora. Son hombres buenos y sabios. Así eran también en el principio. No se morían; no había enfermedad, maldad ni guerra. El mundo entero era el Cielo. Nadie trabajaba ni buscaba comida; la comida estaba siempre preparada, lista".

"No había animales, demonios, nubes ni vientos. Había luz. En lo más alto del Cielo estaba Wanadi, como ahora. Daba su luz a la gente Kahuhana, alumbraba todo, hasta en lo más bajo, la Tierra. Por el poder de esa

luz, la gente siempre estaba alegre, tenía vida, no podía morir. No había separación entre el Cielo y la Tierra; no había, como ahora, la puerta del Cielo. No había noche, como ahora. Wanadi es como un sol sin atardecer. Siempre era de día; la Tierra era como una parte del Cielo".

A un lector formado dentro de una tradición cristiana, le resulta sorprendentemente familiar esta evocación de un Cielo eterno, poblado, inundado de luz. Aparecen aún más familiaridades. Wanadi decide, acerca de la tierra vacía, "Quiero hacer gente allá abajo". El mismo desciende con los grandes dones de "sabiduría, el tabaco, la maraka y los wiriki" (los dos últimos son instrumentos de los huhai Makiritare, los shamanes de la tribu). La placenta de la primera encarnación terrenal de Wanadi se infesta de gusanos y, de su podredumbre, nace una criatura satánica llamada Kahu u Odosha. "Este hombre era muy malo. Tenía envidia de Wanadi. Quería ser dueño de la Tierra. A causa de él, sufrimos ahora. Tenemos hambre, enfermedades y guerra. El es el ancestro de todos los Odoshankomo. Ahora, a causa de él, morimos". Wanadi desciende a la tierra por segunda vez para conquistar la muerte. Lo hace creando a su propia madre, Kumariawa, por medio de un proceso mágico de trance y sueños. "Le dio vida soñando, con humo de su tabaco, con el canto de su maraka, cantando nada más". Su plan es matarla y devolverla a la vida para demostrar que "la muerte era engaño". Pero, mientras ella está enterrada, a punto de ser resucitada, Iarakaru, quien es simultáneamente sobrino de Wanadi y un quejumbroso mono blanco, abre la bolsa que contiene la noche; se le había advertido, precisamente, que no hiciera eso, pero él no puede resistir la tentación de hacer diabluras, ni más ni menos que cualquier figura mitológica de cualquier parte. "Toodo quedó oscuro de golpe. Toooda la Tierra se apagó de golpe y Wanadi corrió en la noche". Para colmo, el diabólico Odosha quemó en su orina el cuerpo resurgiente de Kumariawa. Wanadi se enfrenta a una desolación mayor que la de Jehová después de la primera desobediencia del Hombre. "Ya no puedo hacer nada", piensa. "No hay carne, cuerpo, no volverá a la vida. No hay luz, la Tierra ya no es mía. Ahora los hombres morirán". Sin embargo, por tercera vez, Wanadi desciende a la tierra y se arriesga a correr aventuras mortales para poder "mirar qué sucedía en la Tierra, hacer gente otra vez, gente buena, gente de Wanadi". A fin de aliviar la oscuri-

dad, crea un falso Cielo que contiene el sol y la luna y las estrellas; instruye a la gente en las artes de la relación sexual y la construcción de casas. Sin embargo, el mundo regido por Odosha aún se resiste a la redención, y Wanadi se retira al Cielo, diciendo la última vez en un adiós final "a sus doce hombres del principio": "Ahora os quedáis a vivir con Odosha. Me voy. Os dejo las señales. Hice muchas cosas para que sepáis. Así mismo como yo, haréis vosotros". En un cuento anterior se nos ha asegurado:

"Sólo podemos ver cosas de este mundo. El verdadero Cielo es invisible. Allá no hay luceros, sino Wanadi alumbrando solo. No hay oscuridad, noche ni día. Luz siempre, luz nada más. Las estrellas, la luna, el sol, no van a vivir siempre. Ellos van a caer cuando acabe la Tierra; van a morir junto con nosotros, con Odosha. Entonces Wanadi volverá; se podrá ver el Cielo de verdad; su luz no se apaga".

Los mitos de los Makiritare también incluyen un gran diluvio que ahoga a los perversos, un arco iris dejado como señal, una especie de Adán y Eva (Wahnatu y Wetashi), y una gran lluvia cósmica central —en este caso la de un árbol omnifrutífero, Marahuaka, cuyos retoños liberan la lluvia de sus raíces en el cielo y fecundan la tierra, lo que se celebra anualmente en el Adahe Ademi Hidi, principal festival Makiritare.

¿Cuánto de esta similitud con la imaginaria de la Biblia se anticipa a la llegada de los misioneros? Porque los españoles, en su doble papel de buenos (Iaranavi) y malos (Fañuru) hombres blancos, verdaderamente irrumpen en la infinita perspectiva de las leyendas del Watunna, junto con el hierro y los cañones y los holandeses (los Hurunko) que operaban, hasta 1814, la factoría guyanesa de Amenadiña. Los padres españoles (Fadre, en So'to), aparecen en una notable transmutación de la historia de la Crucifixión: En la lejana Karakaña (Caracas), el Fadre capturó al hombre-dios Wanadi y "mandó buscar un palo para colgarlo. Este palo tenía la forma de una Kruza Ake (palo de cruz) como de horquilla. Así lo llamaban. Cuando trajeron Kruza Ake, lo clavaron allí con puntas de hierro. 'Así no escapará', pensaron ellos". Pero Wanadi si escapó; su espíritu se escurrió de su cuerpo. "Wanadi estaba como muerto. Era un engaño. Había sacado su damodede (espíritu mensajero; su doble espiritual) del cuerpo. Se volvió a Kushamakari. Wamedi (el gallo) lo sabía. Los Fadre y los

Fañuru no sabían, ... Les gusta hacer cruces para mostrar a la gente, diciendo: 'En este palo, ha muerto'. Ellos no sabían, No saben. Dicen que lo han matado. No es verdad; no pudieron. El los engañó para librarse de ellos". Así que las cruces de madera que llevan los sacerdotes sólo representan una vana jactancia de ellos mismos, como verdugos del Dios So'to.

El dualismo platónico que se instiló en los últimos libros del Nuevo Testamento, y la teología de la primera iglesia, no requerían, sin embargo, sacerdotes para sembrarlos entre los Makiritares. La diferencia entre cuerpo y alma, forma exterior y ánima interna, es central en su magia y su ciencia. La evolución de una tribu rival, la Yanoamo, se la adjudican a una mala comida consumida por Shirishana, una de las creaciones de Wanadi: "Conservó su forma humana, su forma nada más. Su espíritu se convirtió en animal. Como animal se movía. Como animal pensaba. Perdió la inteligencia. Se escondió en el monte, desnudo; ya no sabía hacer nada, nada más que matar y robar a los verdaderos hombres. Así se quedaron sus descendientes". Existe una sugerencia de "idea" platónica en el concepto de sadashe: "Cada especie (nos dice el glosario), planta y animal, tiene su propio jefe o amo, conocido como su sadashe. El sadashe se concibe como el abuelo o prototipo de la especie, su héroe cultural personal que le legó su nombre, forma y lenguaje". Con un reparto de héroes prototípicos detrás de los multitudinarios individuos de la selva, se encuentra constantemente toda suerte de divinidades en el bosque, y las características de las especies se relacionan, plausiblemente, con traumas primordiales. En el transcurso del Watunna aprendemos por qué las ardillas tienen solamente dos dientes frontales (la ardilla originaria, Kadijo, se rio tanto de la fea esposa de Wanadi, que se le cayeron todos los otros dientes); por qué tienen los sapos lomos arrugados y grandes bocas (Kawao, el sapo, era el guardián del fuego y, al vomitarlo, se rompió la boca y se quemó el lomo); por qué tienen marcas los osos hormigueros (Kuamachi, el muchacho que se convirtió en el Lucero Vespertino, acarició con su mano sucia de carbón el cuello y el lomo de Waremo, el prototipo de oso hormiguero). Se requieren leyendas más complicadas para explicar por qué es el hombre de la manera que es.

Al igual que los primeros capítulos del Génesis, los mitos de creación de los Makiritares explican la condición humana en dos ni-

veles, cósmico y social. El primero proclama el origen y escatología del universo; el segundo, el origen y razón fundamental de la tribu. El primero trata sobre el —problema del mal, al nivel teórico de cómo surgió, es decir, por qué el dolor y las limitaciones; la pobreza y el peligro han sido establecidos como nuestra carga. El segundo trata sobre el mal en la praxis, al enunciar cuáles son las reglas que ha producido, para nuestra protección, la acumulación de ciencias de la tradición. De Wanadi el creador y Wanadi, el salvador frustrado, el ciclo Watunna prosigue, a través de héroes de menor cuantía y refracciones de eventos que reconocemos como históricos, hasta la figura de Semenía —el primer jefe, mensajero de Wanadi, y fundador de la agricultura. En su manifestación corporal como el pájaro Semenía (ibis de pico de guadaña), es el líder de una bandada de aves que picotean y talan el gran árbol Marahuaca, creando así el primer conuco —el primer claro abierto en la selva.

“Semenía se hizo jefe para enseñarnos. Nos dio las señales del trabajo. Castigó a los que no querían vivir como gente, como hermanos. Trajo comida, lluvia, fecundidad, obediencia para todos. A cada quien le dio su oficio. Ahora tenemos nuestra comida otra vez; nuestra alegría, a pesar de Odosha”.

El hombre, en este mundo perdido, tiene su destino en sus propias manos.

“Alegre, alegre estaba la gente reunida toda en el conuco. La yuca crecía rápido; en seguida estuvo. Ahora los hombres descansaron. Así les dijo Semenía. Ahora las mujeres trabajan. Así hacemos todavía. No olvidamos la señal: los hombres de ahora tumban el conuco como, al principio, Marahuaka, las mujeres siembran, cosechan, preparan”.

“Está bien”, dijo Semenía. Luego dijo: “Vamos a bailar, vamos a cantar, comer, beber, recordar”.

Es necesario recordar para ser feliz, a pesar de Odosha. En las sociedades preliterarias, la supervivencia estribaba en la memoria y repetición de lo que hicieron los abuelos. Los festivales, con la tradición popular cantada que los acompañan, constituyen herramientas para la supervivencia. ¡Con qué tenacidad se aferra el hombre occidental a los suyos, desacralizados, comercializados y trivializados. Los

festivales evocan nuestros peligros aborígenes y repiten la solidaridad tribal que los sostiene. Para aquellos de nosotros que tenemos veinte dígitos, pero sin la magia errática por medio de la cual Wana-dí y los poderosos huhai pasan en sus sueños directamente del pensamiento al objeto, sólo la cooperación y obediencia a la tradición pueden mediar entre el voraz ego inmaterial y el resistente mundo material. Habiendo nacido desnudos, los hacedores de mitos, se aferran sin errar precisamente a las características inherentes a ello —la individuación de las especie, el vívido pseudomundo de los sueños, el resplandeciente enigma de los cuerpos celestiales— que más necesitan explicación y están aún siendo explicados. Aunque el Watunna pueda ser para nosotros (e, inexorablemente para los Makiritares, que ya usan pantalones en territorios congestionados por aviones y radios) algo más que un resonante entretenimiento y fósil ostentoso, los dos misterios existenciales a los que se refiere —la existencia del universo, la existencia del "Yo"— no han sido resueltos, debajo del gran alboroto del conocimiento moderno.